

ME sé sus perfiles porque en ella vivo. Y los sigo, con frecuencia, haciendo un alto en la lectura mientras la gente pasa. A veces me pregunto qué forma humana está más ligada con ella. Si la mañana recitando niñas azules al convento o la mujer pobre que palpa sobre el suelo el papel aún caliente de la churrería.

Mirando mi Plaza desde donde miro —desde mi sosiego, desde la inquietud—, se sabe cuando es lunes, cuando jueves o domingo. El cartero provoca, desde lejos, la impaciente ansia de lo último. El turista pide, sin dificultad, gasolina. El oficinista llegó cuatro minutos tarde. La vaca prepara el último mugido en el umbral de la muerte y en los transportes de al lado facturan un piano. Sentados en el suelo, a veces, sonríen hombres que yo quisiera fueran vagabundos felices porque venden cosas que no sirven: un montón de hierros retorcidos, una silla con dos patas y medio medallón de plata que —dicen— le regaló Luis XV a una dama.

Esto es un pueblo. Tal como lo quieren los que en la capital habitan. Un querido pueblo en donde falta solamente una palmera, para estar completo. Pero nadie la pide, porque ya la hubo. Unas veces es Abril, otras, otoño. Y junto a mí, desde el balcón, «Murri» sueña con los árboles para insultar a la libertad...

Sigo pensando que la tramontana nos hace, desde aquí, cuando escuece. Que la lluvia pone nuestro labio en calma. Que los adosos que a veces nos declinan tienen un concentrado acento de los paisajes que amamos.

Mi Plaza tiene noche. La vigilan tres círculos de luz como por mano de tres enormes detectives. Y es entonces cuando se oye la campana, cuando el enamorado se explora los bolsillos por si quedó algún beso, cuando alguien, con guitarra, asegura que Pecos Bill fué un auténtico vaquero.

Y, tercamente, uno vuelve a pensar en mañana.

VICENTE BURGAS GASCONS

A RAIZ DE UNA ENTREVISTA CON EL Excmo. Sr. D. PEDRO BRETCHA GALÍ

LEÍMOS la entrevista que nuestro Director, efectuó en la persona de D. Pedro Bretcha Galí, Alcalde de Olot, Presidente de la Diputación Provincial y Procurador en Cortes. Contestó este señor cosas tan atinadas e interesantes, que se las recomendamos a los lectores, especialmente a los gerundenses, ampurdaneses y olotinos, y, en primer lugar, a los figuerenses. Esta «entrevista» se publicó en la Revista correspondiente al mes de septiembre, motivada por celebrar entonces la población de Olot la fiesta máxima del año.

Preguntando al señor Bretcha sobre varios aspectos y problemas olotinos, aquel señor Alcalde respondió muy tranquilamente, que en Olot se han resuelto satisfactoriamente aquellas dificultades que de algún tiempo atrás empañaban el prestigio y el buen nombre de la capital de la Garrotxa. Si hubo un instante que aquellos tropiezos y abandonos hicieron poner en tela de juicio la capacidad emprendedora y productiva de la población de la Garrotxa, ahora se ha esclarecido aquel horizonte olotino para ofrecernos a los espectadores de toda la provincia una prueba fehaciente de que cuando la constancia y empeño municipales obedecen a un planteamiento dirigido por rutas bien orientadas, necesariamente la razón, la honorabilidad y el éxito estarán de parte y habrán de acompañar en todo momento a los hombres metidos en empresas ya de cierta categoría.

También se preguntó al señor

Bretcha si como Alcalde de Olot temía a la crítica. Como que indudablemente aquel señor Alcalde sabe bien de sobras que quienes actúan y sobresalen no están exentos de la censura por el manifiesto periódico ni de la crítica de los administrados, y que a veces también les ocurre idénticamente a los que apenas salen de casa, dijo que «tenía la conciencia muy tranquila» y que, por lo tanto, no temía a nada. El señor Alcalde de Olot conoce bien las leyes vigentes sobre prensa y crítica a través de este actual y siempre resorte de opinión pública. No es sorprendente que el señor Bretcha no las tema, ni las pretenda encauzar a su antojo a estas disposiciones oficiales, porque sabe perfectamente su lección administrativa, se encuentra seguro y responsable de sus actos, no se cree de los intocables, por las realizaciones y éxitos conseguidos al frente de aquella Alcaldía y porque entiende a su pueblo y advierte que éste le tiene aprecio y le guarda respeto.

El señor Alcalde de Olot, pues, es una persona no sólo «campechana», según propia expresión del Presidente de la Diputación, sino que admite crítica de los cuatro vientos y ha venido ganando por sus propios méritos unas posiciones en la dirección de Olot que muy difícil es hoy día oponer a ellas contrariedades y banderías sin o con rumbo conmutador. Tal vez esta seguridad ha hecho revestir al señor Bretcha de una convicción extraordinaria y eficaz, paternal incluso.

Nuestro Director le dirigió

ESTO y AQUELLO

POR GUEL

UN AMPURDANÉS DESPISTADO

DE todas partes surgen licenciaturas. Sin ir más lejos, a un pariente nuestro se le ocurrió sostener, en cierta ocasión irreparable, una carrera por etapas, pues disfrutaba de muchos permisos. Al salir del cuartel, ya del todo «examinado», nos hizo llegar la buena nueva acompañada de una tarjeta de visita, que ostentaba debajo de su nombre y apellidos un elocuente e indiscutible «Licenciado en Quintas».

Este amigo y pariente, que es ampurdanés, después de imprimir sus flamantes tarjetas se ha dedicado a hacer bastantes visitas. Un día se presentó a un alto jefe del Ejército, a quien había hecho pasar previamente su nombre con su original «título» y el señor militar le preguntó a nuestro pariente: —«Hijo mío, si estuvieras en mi lugar, ¿qué pondrías en las tarjetas de visita para darte a conocer mejor?» —«Mi General» — le respondió bien sereno y vestido el «Licenciado» —, un servidor, en su lugar, haría poner en las tarjetas «Catedrático Mayor de la Región» —. Se dice que el señor Capitán General le regaló un magnífico puro a nuestro pariente.

A poco de llegar al pueblo, nuestro pariente ya empezó a desenvolverse bien en la ciudad. Montó una especie de sociedad de «Licenciados en Quintas» e incansablemente fué repartiendo en la capital de la comarca, e incluso de la provincia, las pequeñas cartulinas como único papel de garantía y documento de identidad ultrapersonal.

Recordamos que, en cierta ocasión, nos encontramos con él en un viaje en ferrocarril de Barcelona a un lugar de la frontera. Poco antes de llegar a la estación de Camallera, el policía del tren nos invitó amablemente a enseñarle el salvoconducto de fronteras. Nuestro pariente, que es un perfecto despistado, se había olvidado toda la documentación y sólo llevaba en los bolsillos tarjetas de «Licenciado en Quintas».

Al requerirle sus papeles a nuestro pariente, éste, instantáneamente, maquinalmente, le presentó al funcionario una de las tarjetas de visita. El policía alcanzó la tarjeta, la leyó, miró al «Licenciado» y le dijo: —«Usted quiere tomarme el pelo, ¿verdad?» A lo que repuso nuestro íntimo acompañante: —«No, señor, no; verás, es que me he dejado los documentos imprescindibles en casa...» — El policía se cruzó la mirada con nosotros y nosotros asentimos con la cabeza. Se sonrió algo y no dijo nada más.

otras preguntas al señor Bretcha: —«¿Cómo ve a Figueras el señor Alcalde de Olot?» Y este ha respondido explícitamente: —«Figueras no está ahora tan lejos de Olot como pudo parecer años atrás, decientos tal vez. Figueras y Olot deben comprenderse mejor y aquella antigua rivalidad que parece que existía, dejará correr de boca en boca, puesto que realmente, desde el punto de vista de los hechos, ya no se presenta animadversión alguna entre nosotros ni tiene por qué presentarse».

El señor Alcalde de Olot tiene razón. En muchas cosas podrían entenderse y colaborar juntos los olotinos y los figuerenses. El Ampurdán se diluye en tierras de la Garrotxa y esta percusión geográfica todavía es muy significativa. En materia de mercados podría establecerse un más inteligente acercamiento y competente cambio de productos. Cultural y artísticamente hablando, Olot es una población de notable raigambre artística, que expresa las artes bellas desde unos tiempos y costumbres tradicionales. Figueras tal vez debiera estudiar más a fondo este aspecto olotino, y si por una de aquellas cosas no llegara a convencer del todo a los figuerenses, por lo menos éstos debieran mostrarse respetuosos con ellos.

—«¿Y qué impresión tiene el señor Presidente de la Diputación de la ciudad de Figueras?» Este fué casi el último requerimiento que se le hizo al señor Bretcha. Muy apaciblemente también y sobrado de simpatía, el señor Presidente contestó: —«Figueras es una auténtica ciudad, la capital del Ampurdán, con mucha vida propia y con grandes encantos, pero, desgraciadamente para ella, todavía tiene algunas lagunas...» Estas «lagunas» no las especificó el señor Bretcha. Él las conoce, casi tanto como las vemos diariamente nosotros, pero ni él ni nadie que no sea figuerense deben ni pueden herir sentimientos ni susceptibilidades, tan propias de una localidad suficiente y que ha alcanzado la mayoría. Tampoco deben ni pueden, quienes de aquí no son, buscar y sacar a relucir la paja en nuestros ojos. Por tanto, el señor Bretcha, ha hecho muy bien en instuar sólo que aquí, en Figueras, había «lagunas», pero omitiéndolas adrede. Es esta del señor Bretcha otra posición suya que confirma nuestro criterio de que Olot tiene un excelente Alcalde. Un Alcalde que, entre otras infinitas cosas más, para burlar a la crítica local, se ha empeñado en hacer obras nuevas y reformar otras muchas más.

URBANO